

Historia 2—Jesús Presentado en el Templo

José y María eran judíos y seguían las costumbres de su nación. Cuando Jesús tenía seis semanas de edad, lo llevaron al Señor en el templo de Jerusalén.

Esto era conforme a la ley que Dios había dado a Israel, y Jesús debía ser obediente en todas las cosas. Así, el propio Hijo de Dios, el Príncipe del Cielo, con su ejemplo nos enseña que debemos obedecer.

Solo el hijo primogénito de cada familia era presentado así en el templo. Esta ceremonia servía para mantener viva la memoria de un acontecimiento que había tenido lugar mucho tiempo antes.

Cuando los hijos de Israel eran esclavos en Egipto, el Señor envió a Moisés para liberarlos. Le mandó que fuera a Faraón, rey de Egipto, y le dijera:

«Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito; y te he dicho: Deja ir a mi hijo para que me sirva; y si te niegas a dejarlo ir, he aquí que yo mataré a tu hijo, a tu primogénito» (Éxodo 4:22, 23).

Moisés llevó este mensaje al rey. Pero la respuesta de Faraón fue: «¿Quién es el Señor para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel? No conozco al Señor, ni tampoco dejaré ir a Israel» (Éxodo 5:2).

Entonces el Señor envió plagas terribles sobre los egipcios. La última de estas plagas fue la muerte del hijo primogénito de cada familia, desde la del rey hasta la del más humilde de la tierra.

El Señor dijo a Moisés que cada familia de los israelitas debía matar un cordero y poner parte de la sangre en los postes de las puertas de sus viviendas.

Esta era una señal para que el ángel de la muerte pasara por alto todas las casas de los israelitas y no destruyera a nadie, sino solo a los orgullosos y crueles egipcios.

Esta sangre de la «Pascua» representaba para los judíos la sangre de Cristo. Porque a su debido tiempo, Dios entregaría a su amado Hijo para ser sacrificado como el cordero había sido sacrificado; para que todos los que creyeran en él pudieran ser salvados de la muerte eterna. Cristo es llamado nuestra Pascua. (1 Corintios 5:7.) Por su sangre, mediante la fe, somos redimidos. (Efesios 1:7.)

Así que, cuando cada familia de Israel llevaba al hijo mayor al templo, debía recordar cómo los niños habían sido salvados de la plaga y cómo todos podían ser salvados del pecado y de la muerte eterna. El niño presentado en el templo era tomado en los brazos del sacerdote y levantado ante el altar.

De esta manera era solemnemente dedicado a Dios. Luego, después de ser devuelto a la madre, su nombre era escrito en el rollo, o libro, que contenía los nombres de los primogénitos de Israel. Así, todos los que son salvados por la sangre de Cristo tendrán sus nombres escritos en el libro de la vida.

José y María llevaron a Jesús al sacerdote como la ley exigía. Cada día, padres y madres acudían con sus hijos, y en José y María el sacerdote no vio nada diferente de muchos otros. Eran simplemente personas trabajadoras.

En el niño Jesús, él solo vio a un bebé indefenso. Poco pensó el sacerdote que estaba sosteniendo en sus brazos al Salvador del mundo, al Sumo Sacerdote del templo celestial. Pero podría haberlo sabido; porque si hubiera sido obediente a la Palabra de Dios, el Señor le habría enseñado estas cosas.

En ese mismo momento había en el templo dos verdaderos siervos de Dios: Simeón y Ana. Ambos habían envejecido en su servicio, y él les mostró cosas que no podían ser reveladas a los sacerdotes orgullosos y egoístas.

A Simeón se le había dado la promesa de que no moriría hasta haber visto al Salvador. Tan pronto como vio a Jesús en el templo, supo que aquel era el Prometido.

Sobre el rostro de Jesús había una luz suave y celestial; y Simeón, tomando al niño en sus brazos, alabó a Dios y dijo:

«Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra: porque mis ojos han visto tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel» (Lucas 2:29-32).

Ana, profetisa, «sobreviniendo en esa misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén» (Lucas 2:38).

Así es como Dios elige a personas humildes para ser sus testigos.

A menudo, aquellos a quienes el mundo llama grandes son pasados por alto. Muchos son como los sacerdotes y gobernantes judíos.

Muchos están ansiosos por servirse y honrarse a sí mismos, pero piensan poco en servir y honrar a Dios. Por lo tanto, él no puede elegirlos para que hablen a otros de su amor y misericordia.

María, la madre de Jesús, meditaba en la profecía de gran alcance de Simeón. Mientras miraba al niño en sus brazos y recordaba lo que los pastores de Belén habían dicho, estaba llena de gozo agradecido y de brillante esperanza.

Las palabras de Simeón trajeron a su mente la profecía de Isaías. Ella sabía que de Jesús se habían dicho estas palabras maravillosas:

«El pueblo que andaba en tinieblas ha visto una gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, sobre ellos ha resplandecido la luz».

«Porque un niño nos es nacido, un hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Isaías 9:2, 6).